

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

El arriba y el abajo: de la antinomia a la complementariedad.

Emilio Ulises Bosia.

Cita:

Emilio Ulises Bosia (2015). *El arriba y el abajo: de la antinomia a la complementariedad. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/355>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El arriba y el abajo: de la antinomia a la complementariedad

Emilio Ulises Bosia, profesor de Filosofía (UBA), ulibosia@gmail.com

Resumen:

A lo largo de los últimos veinte años puede interpretarse que en América Latina se desarrolló un debate a cielo abierto sobre la relación entre organizaciones populares, gobiernos y Estado. Desde el levantamiento zapatista el 1 de enero de 1994, que fue tomado como inspiración por aquellos que sostuvieron la idea de “cambiar el mundo sin tomar el poder”; pasando por las insurrecciones populares en Argentina o Bolivia, con el surgimiento de nuevas organizaciones sociales que se colocaron en el centro de la escena problematizando su relación con el Estado; hasta la llegada al gobierno de Hugo Chávez en Venezuela y Evo Morales en Bolivia, entre otros, que iniciaron el desafío de conciliar la gestión estatal con la profundización de un proceso de movilización y organización popular. En la actualidad el debate aparece saldado. La antinomia entre el proyecto de una nueva estatalidad y la construcción de poder popular se convirtió en una complementación, y la vía electoral se impone como hipótesis estratégica para el acceso de las organizaciones populares al gobierno. La democracia aparece como un régimen político hegemónico y relegitimado pero al mismo tiempo cuestionado por los procesos más radicales, que buscan trascender su formato representativo y liberal.

Palabras clave: poder popular – autonomismo – Estado – gobierno popular – vía electoral

“Es un falso debate “autonomía o Estado”. Cuanto más lucho por el Estado, más debo pelear por la autonomía de la sociedad. Y cuanto más lucho por la autonomía de la sociedad, más debo pelear por la transformación del propio poder del Estado”.

Álvaro García Linera

1. Introducción

Empecemos por explicitar la tesis de este trabajo: a lo largo de la experiencia de veinte años en Latinoamérica, la antinomia entre el proyecto de una nueva estatalidad y la construcción de poder popular se transformó en una complementación, y en consecuencia la vía electoral se impuso como hipótesis estratégica para el acceso de las organizaciones populares al gobierno.

En la Argentina reciente hay dos grandes elementos que explican la llegada a esta conclusión. En primer lugar una lectura crítica de la experiencia vivida en el año 2001. En aquel momento, no fue posible el surgimiento de una alternativa electoral que pudiera traducir la enorme creatividad y activismo social en un gobierno popular. En segundo lugar, y como consecuencia de esta debilidad de las organizaciones y movimientos que protagonizaron aquella rebelión popular, el kirchnerismo aprovechó ese espacio desde el interior del Partido Justicialista a partir del liderazgo de Néstor y Cristina Kirchner, cerrando una crisis y abriendo una nueva etapa, a partir de una enorme iniciativa desde el poder político. La nueva etapa terminó configurada en sus rasgos definitivos tras la “crisis del campo” en 2008.

A su vez, en los últimos años en América Latina puede leerse una suerte de debate implícito sobre la estrategia de poder de los movimientos populares. El levantamiento zapatista en Chiapas, el 1 de enero de 1994, fue una referencia decisiva en un contexto de fuerte derrota tras la imposición del Consenso de Washington y la caída del “socialismo real”. A partir de esa experiencia –aunque tomando ciertos aspectos de ella y relativizando otros-, y con el aporte determinante de distintos intelectuales, surgió un conjunto de ideas de contornos poco definidos que puede unirse por la idea de “cambiar el mundo sin tomar el poder”, como popularizó el libro de John Holloway. Fue una corriente de ideas que pareció empalmar con las características antipolíticas de jornadas como las de 2001 en la Argentina, por lo que rápidamente se difundió con un éxito significativo en la militancia popular.

Sin embargo, la llegada al gobierno venezolano de Hugo Chávez en febrero de 1999 fue un primer mojón en contratendencia, reabriendo el debate sobre el problema del gobierno. Cuando tras varios años de lucha en Bolivia, las guerras del agua y del gas derivaron en una expresión electoral a través de Evo Morales y del MAS, el debate se instaló con fuerza en las organizaciones populares. No sólo dar la disputa electoral era posible y necesario, sino que además se podía ganar. Y en ese caso había que gobernar. Finalmente Rafael Correa logró acceder también al gobierno fortaleciendo esta tendencia de los gobiernos latinoamericanos que se organizaron en la ALBA junto a la Revolución Cubana. El rechazo del ALCA, en el que Chávez jugó un papel decisivo junto a los gobiernos de Lula da Silva en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina, mostraron la potencia que era posible desarrollar desde allí. De la misma manera ocurrió con las transformaciones operadas en Bolivia y Ecuador en cuanto a las respectivas reformas constitucionales que iniciaron el proceso de creación de Estados plurinacionales. Y finalmente la recuperación de la soberanía sobre los recursos naturales -que en Venezuela había detonado el intento de golpe de Estado en 2002- especialmente en Bolivia hizo carne la promesa de “mandar obedeciendo” que Evo Morales popularizó, tomando

la agenda de las insurrecciones populares y traduciéndola en acción de gobierno.

Esta sucesión de hechos zanjó definitivamente la cuestión a favor de las opciones que comprendieron que la ocupación y gestión del Estado es imprescindible para el desarrollo de un proceso de cambio social a nivel nacional y continental, y planteó el desafío superador de cómo llevar adelante una gestión exitosa que se proponga transformar el carácter burgués del Estado.

En nuestro país ese proceso estuvo atravesado por el surgimiento del kirchnerismo que, a diferencia de la mayoría de los movimientos políticos que gobernaron en América Latina por fuera de las estructuras tradicionales, irrumpió desde el interior del Partido Justicialista. Por esa razón, numerosas organizaciones y militantes populares rápidamente se incorporaron a la gestión estatal, mientras que quienes quedaron por fuera terminaron desorientados por varios años, algunos en actitud de franca resistencia en sus posiciones dogmáticas, otros buscando los caminos de una continuidad con el proceso de 2001, sin lograr interpretar la nueva etapa ni adaptarse a sus exigencias. Al proceso de transformación ideológico de estas últimas organizaciones agrupadas bajo la categoría de izquierda independiente después de 2008, y simbolizando su maduración en la noción de izquierda popular desde 2014, nos referiremos en este trabajo¹.

2. La consolidación de la democracia del 83 como régimen de gobierno y los debates que genera

Cualquier debate estratégico debe asumir una lectura de las condiciones políticas y sociales de la realidad en la que se busca actuar. En este sentido, en nuestro país, un elemento central es la consolidación de la democracia surgida en 1983 como régimen de gobierno. Incluso bajo su peor crisis, desatada a fines de 2001, el régimen democrático como tal no fue cuestionado, aunque sí sus contenidos más excluyentes. Sí los partidos políticos, la Corte Suprema, los medios de comunicación de masas, la mayor parte de las instituciones, hasta la política misma. Pero en un país con una larga historia golpista, es significativo que ninguna de las hipótesis realistas incluyera un golpe de Estado o un gobierno militar como salida concreta. En este sentido, si bien nunca pueden descartarse del todo otros escenarios, por el momento es muy difícil imaginar una ruptura del actual régimen democrático.

Esta situación genera consecuencias ambivalentes. Por un lado los 31 años de democracia

¹ Nos referimos al Movimiento Popular Patria Grande, el Movimiento Popular La Dignidad, El Frente Popular Darío Santillán, el Frente Ciudad Futura, entre otras.

consecutivos son una conquista popular, y así son vividos por amplias capas del pueblo argentino. Pero por otro lado, la consolidación del sistema democrático con las características que tiene desde 1983, también es una traba a una transformación profunda de nuestro país, en la medida en que este régimen de gobierno determina que los resortes fundamentales del poder en la Argentina estén controlados por el poder económico concentrado y los intereses transnacionales e imperialistas (en las estructuras políticas tradicionales, en el poder judicial, en los medios de comunicación de masas, en las organizaciones sindicales, etc), y que la participación del pueblo en las decisiones esté sustancialmente limitada.

Es decir que junto con la reivindicación de la continuidad democrática también es necesario asumir una mirada crítica de la democracia realmente existente. La propuesta de una nueva democracia popular, inclusiva, soberana, participativa o protagónica, cobra vigencia en este contexto, siguiendo el ejemplo de otras experiencias latinoamericanas, especialmente la venezolana.

De esta situación ambivalente surgen la mayoría de las contradicciones y debates que atraviesan a estos sectores del movimiento popular, una vez que tomaron como punto de partida no negar la participación en el sistema democrático realmente existente, aun con todas sus imperfecciones, sino más bien todo lo contrario: construir una alternativa superadora desde su interior, asumiendo las contradicciones que eso supone.

Una de estas contradicciones es la relativización de la intervención electoral, y sobre todo la gestión institucional. Usualmente esta posibilidad aparece disfrazada bajo la idea de que “las elecciones son una táctica más”, de la sobreestimación y la insistencia en el “peligro electoralista, institucionalista o reformista” antes de realizar cualquier experiencia que lo pueda sufrir, o finalmente de ubicarse en una suerte de momento “de acumulación a priori”, como preparación de una futura etapa revolucionaria. Todas variantes de tipo “sectario” que ubican a estos movimientos por fuera de la vida del pueblo argentino, que no puede elegir ponerse al margen de lo que le pasa, sino que debe asumirlo y afrontarlo tal como viene, con sus virtudes y sus triunfos.

Otra cuestión que resulta de la aplicación decidida de esta política es la tendencia hacia una integración y adaptación a la actual democracia. No hay que subestimar este derrotero, que no es un problema exclusivamente de conciencia ni de voluntad, en la medida en que el conjunto del sistema político y el poder económico permanentemente presionan para lograr ese objetivo, como una forma de neutralización y domesticación. En este caso se corre el riesgo de perder el carácter transformador, y en el mejor de los casos pasar a ocupar el lugar de izquierda del actual régimen

democrático.

Como en la mayor parte de las cuestiones fundamentales de la política, no hay garantías absolutas contra esta posibilidad, pero el enraizamiento en las organizaciones de masas del pueblo argentino es el mejor contrapeso, que estas organizaciones poseen aunque de manera todavía inicial y frágil. Por otro lado, también son claves los distintos planteos que apuntan a democratizar el sistema político y a entregar al pueblo mayores niveles de participación en la gestión y las decisiones fundamentales.

3. Superación de las interpretaciones autonomistas del “poder popular” y la “lucha de clases”

En especial el terreno de la estrategia de poder es uno de los aspectos fundamentales en el ajuste de cuentas de estas organizaciones con las ideas autonomistas. No ya con determinada estrategia considerada equivocada. La situación era más desoladora. Se trataba de fortalecer la afirmación de que es imprescindible una estrategia de poder para la formación de un proyecto revolucionario en la Argentina. A la luz de las experiencias latinoamericanas y nacionales mencionadas estaba claro que la idea de “cambiar el mundo sin tomar el poder” ya no tenía vigencia, ¿pero cómo pensar el problema del poder?

Sobre ese vacío estratégico se apoyaba el concepto de “poder popular”, sin definiciones precisas ni por lo tanto estrategias que lo acompañaran. Era simplemente la formulación conceptual que permitía expresar por un lado la idea de que el poder en una sociedad no se puede reducir al poder del Estado y por otro lado que de cara a una transformación revolucionaria es necesario el protagonismo de las grandes mayorías populares, porque el socialismo no se construye por decreto.

Se trataba de una interpretación “autonomista” de la idea del poder popular. Es decir, una mirada que consideraba que el poder del pueblo podía desarrollarse y crecer hasta afirmarse como poder alternativo al de la burguesía y el imperialismo sin ocupar el Estado existente y proponerse transformarlo. Esa idea inicial condujo a separar tajantemente, y hasta a oponer, la llamada “construcción desde abajo” de la “construcción desde arriba”. Y finalmente, a idealizar la “construcción desde abajo”, como desarrollaremos más abajo, y a demonizar la “construcción desde arriba”, ante todo en términos morales o antipolíticos.

Llegar a esta conclusión no significó descartar la construcción de base ni mucho menos la

perspectiva del poder popular, en pos de convertirse en un organizaciones centradas en la ocupación de lugares en el Estado existente, sino de transformar el significado del concepto de poder popular de manera categórica incorporando la batalla por el poder estatal como un terreno fundamental de esa lucha. Es decir, llegar a la conclusión de que el poder popular debe expresarse también en el Estado, como parte fundamental de la construcción de una hegemonía social de las clases subalternas que se proponen direccionar la vida del conjunto de la sociedad.

Lógicamente, dejar atrás este retraso obliga a rediscutir las estrategias de otras organizaciones políticas del presente y del pasado, partiendo de la obviedad de que no somos los primeros en afrontar este tema. En realidad es uno de esos temas que están presentes desde los inicios del movimiento socialista en los albores del capitalismo, como el debate sobre la forma organizativa de los partidos revolucionarios o la relación entre las organizaciones de masas y los movimientos políticos, entre muchos otros. Un obstáculo importante a despejar es la idea de que este debate puede lograr un resultado correcto, antes o independientemente del momento de llevar a la práctica sus resultados. Más de una revolución fue encabezada por partidos o movimientos revolucionarios con programas que a la hora de ser llevados a la práctica debieron ser modificados sustancialmente.

Desde este punto de vista se mantiene la crítica de las tradiciones de la izquierda que fueron sucesivamente tomando como modelos ideales distintos procesos revolucionarios como el ruso, el chino o el cubano. Para peor, normalmente la formación de relatos revolucionarios triunfantes convivió con una idealización de esos procesos, dando a entender que las líneas fundamentales de sus desarrollos futuros estaban previstas por sus líderes o conductores, y negando así el diálogo vivo entre sus ideas y la realidad que los fue formando, así como también el papel decisivo de las grandes mayorías populares en cualquier proceso de cambio.

Otro de los elementos que caracterizaron las ideas autonomistas es un reduccionismo de la lucha de clases, que en otra época se llamaba “economicismo”, y que plantea que su terreno casi excluyente es el de la lucha social o el de las luchas desde abajo. Una huelga, un piquete, una movilización o la toma de un establecimiento serían ejemplos cabales de la lucha de clases, para esta concepción. Sin embargo una elección, la presencia de diputados populares en un parlamento, la aprobación de un proyecto de ley o una determinada gestión ministerial no podrían serlo. Esas serían cuestiones “superestructurales”, utilizando conceptos que originalmente Carlos Marx había desarrollado para un fin completamente distinto.

De esta manera resulta incomprensible la acción de los principales empresarios y de las embajadas

de las potencias imperialistas, que invierten muchísimo dinero y tiempo en el adoctrinamiento y la cooptación de líderes políticos para sus intereses, cuando no crean directamente sus propios instrumentos políticos. Habría que concluir que están equivocados y felicitarse por su ingenuidad, porque se trata de una cuestión “superestructural”, y allí no están en juego las batallas decisivas de la lucha de clases que, no hay que olvidarlo, también ellos se organizan para ganar.

Además esta misma mirada “economicista” tiende a idealizar la lucha social, como si fuera un terreno puro, que luego es imposible de verificar en la realidad. Al contrario, normalmente nos encontramos con negociaciones y maniobras, e incluso, con niveles de pragmatismo y oportunismo a menudo mayores que los que se encuentran en el terreno electoral o institucional.

Detrás de estas ideas permanece una mirada antipolítica, que en el fondo rechaza la actividad política y que muchas veces aparece justificada porque “se trata del campo del enemigo”, o porque “es una cancha inclinada contra el pueblo” u otras variantes de lo mismo².

El “economicismo” es un punto de vista que no asume, o en todo caso relativiza, la complejidad y la magnitud de la presencia estatal y del resto de las instituciones de la sociedad burguesa en la regulación cotidiana de la vida del pueblo. Si un siglo atrás era posible decir que estas instituciones excluían categóricamente a una porción enorme del pueblo trabajador, en la actualidad en cambio están presentes incluso en los barrios más excluidos y en las porciones más aisladas de nuestro territorio. Dicho de otra forma, mal que le pese a cualquier liberalismo, no existe la “sociedad civil” por fuera del “Estado”, más que como categorías teóricas del análisis social.

4. La vía electoral y la estrategia hacia un gobierno popular

De acuerdo a esta caracterización del actual escenario argentino y latinoamericano se comprende por qué estas organizaciones llegan a la conclusión de que es difícil imaginar otras hipótesis más probables de formación de gobiernos populares que no se den a través de elecciones. Aún más, a la luz de la experiencia venezolana, el propio problema de la transición al socialismo también tiende a pensarse en el contexto de un régimen democrático. Las experiencias históricas chilena y nicaragüense, ofrecen también ejemplos valiosos y dolorosos de las dificultades de experiencias de gobiernos populares que buscaron afirmarse bajo formas democráticas.

Otras hipótesis, como la de una insurrección popular que dé lugar a la ocupación del poder por una

² En particular los escritos de Guillermo Cieza y Miguel Mazzeo, fueron los abanderados de estos puntos de vista.

nueva dirección popular que promueva un cambio de régimen político o la de una experiencia de lucha armada como las ensayadas en los años sesenta y setenta en nuestro continente pueden ser imaginadas y discutidas, pero francamente es necesario reconocer que tienen muy poco que ver con las actuales condiciones políticas y sociales.

Se insiste, sin embargo, en que un gobierno popular, para poder llevar adelante un proceso de cambio triunfante, y para ser verdaderamente popular, debe apuntar a ser el correlato institucional de un proceso de poder popular mucho más amplio y extendido.

En este sentido, la noción de “gobierno popular” es una novedad para estos sectores, y tiene que ver con buscar una traducción al plano de los objetivos políticos estratégicos de la opción teórica por superar las concepciones autonomistas del poder popular.

Ahora bien, la llegada al gobierno por la vía electoral presupone el problema de la formación de un espacio político-electoral que a lo largo del tiempo pueda acumular la fuerza suficiente como para ganar las elecciones con un programa de claro corte transformador, latinoamericanista y socialista, y que contiene una diversidad de experiencias imaginables. Desde la estructuración en las organizaciones de masas del pueblo argentino, pasando por el surgimiento y la consolidación de experiencias de organización popular, el protagonismo en las luchas sociales y el aporte para su triunfo, un peso creciente en el debate intelectual, la construcción de coordinadoras y frentes entre las organizaciones del campo popular, la extensión nacional de una referencia política, la creciente influencia electoral y el reconocimiento popular y mediático de sus referentes, hasta llegar a la imprescindible gestión institucional legislativa y ejecutiva de municipios y provincias.

Una sociedad tan compleja como la argentina, con su infinidad de matices sociales, de disparidades regionales y de tradiciones políticas y culturales, que a su vez generan una rica variedad de representaciones políticas, hace muy difícil pensar que una única fuerza política esté en condiciones de lograr por sí sola un triunfo semejante.

Sólo como ilustración es bueno recorrer la fisonomía de aquellos sectores del pueblo argentino que se aspira a reunir en un proyecto de liberación nacional, integración regional y cambio social. Trabajadores asalariados, estudiantes, profesionales, trabajadores de la economía popular, agricultores familiares, intelectuales, comerciantes, pequeños empresarios, trabajadores en negro, comunidades indígenas originarias, pequeños productores agropecuarios, entre otros, conforman sus múltiples caras. A lo que debe agregarse las diferencias culturales regionales notables, así como las

tradiciones étnicas indígenas y producto de las múltiples migraciones, la vitalidad y características propias de la juventud, las identidades sexuales o de género que atraviesan a la sociedad argentina.

Y además la propia noción de un gobierno popular presupone el apoyo organizado no solamente de uno o varios movimientos y partidos políticos sino también de un entramado conformado por organizaciones sociales, gremiales, de derechos humanos, de mujeres, ecologistas, religiosas, medios de comunicación, asociaciones del voluntariado, instituciones culturales, etc. Con más razón teniendo en cuenta que no es imaginable una hipótesis como esta sin estar acompañada por un proceso de alza de la lucha de clases, con las agudas tensiones sociales y políticas que eso supone.

Es decir que tanto por necesidad como por vocación, la vía electoral como estrategia conduce a imaginar una experiencia frentista en sentido amplio. No solamente como un frente político-electoral estrictamente hablando, sino como un frente político, social y cultural.

Ello determina que estas organizaciones no se piensen como los depositarios de “la mirada verdadera”, del “programa correcto”, de la “mejor tradición popular” ni ninguna otra variante de autoproclamación similar, sino como uno de los componentes en una creación colectiva popular que superará siempre a cualquiera de las organizaciones y movimientos políticos que la compongan.

5. Una doble diferenciación

La perspectiva de construir un frente político, social y cultural de estas características con la perspectiva de acumular fuerzas y poder convertirse en una referencia popular en las luchas sociales y en el terreno electoral, sirve también como un elemento fundamental de diferenciación política.

Por un lado, se trata de una estrategia que los diferencia del planteo de la izquierda trotskista, poco relevante a nivel mundial pero muy significativo en la Argentina, que se proclama “la auténtica dirección del pueblo argentino” o “los representantes consecuente de los intereses de la clase trabajadora”, planteos de los que se desprenden un trabajo de propaganda y agitación pedagógica y paciente para persuadir al pueblo trabajador de que todas las otras opciones políticas son falsas alternativas al dominio capitalista.

Todo lo contrario, se ubican como una organizaciones que buscan aportar a la construcción colectiva de esa dirección junto con otras organizaciones del campo popular, a las que es posible reconocer su valor incluso aunque no se compartan todas sus posiciones, aunque se den disputas en

torno de aspectos secundarios o principales, o finalmente aunque eventualmente se deba aceptar momentáneamente su conducción en el marco de un proyecto común.

Por otro lado, esta estrategia también los diferencia de quienes apuestan a acumular fuerza al interior de las estructuras políticas tradicionales. Esta opción es la que tomaron los sectores mayoritarios de la militancia popular en los últimos años en nuestro país, principalmente a partir de la experiencia kirchnerista, aunque también en otros sectores políticos.

Las organizaciones de esta izquierda popular parten de la convicción de que tanto el Partido Justicialista (y sus satélites) como la Unión Cívica Radical (y sus desprendimientos y socios principales) no sólo no permiten una perspectiva de transformación, sino que son instituciones orgánicas de este régimen democrático. Pueden proporcionar, sí, caminos de un relativo acercamiento transitorio al poder político, pero en cualquier caso la disputa a su interior en pos de una orientación transformadora está perdida de antemano. Por eso apuestan al surgimiento de una nueva experiencia política. Los próximos años pondrán a prueba esta estrategia.

Bibliografía:

- Cieza, G. (2013). Poder popular en los procesos de América del Sur. Disponible en: <http://www.dariovive.org/?p=6348> (10/06/15).
- García Linera, A. (2015). Intervención en el Foro Internacional por la Emancipación e Igualdad, disponible en video en <https://www.youtube.com/watch?v=l2IPgwsNq-U&list=PLZyYqQYC0NI7J2mqLgSg8Fh4NbMmQYf2>
- Hagman, I. (2014). “La Argentina kirchnerista en tres etapas”, en *Cuadernos de Cambio*, Buenos Aires: Cambio.
- Holloway, J. (2002). “Cambiar el mundo sin tomar el poder”. Buenos Aires: Editorial Herramienta.
- Manifiesto fundacional de Patria Grande (2015). Buenos Aires.
- Martínez, M. (2012). Sobre la herramienta política. *Revista Batalla de Ideas*, n. 3, junio de 2012. Disponible en: www.cecs-argentina.org (10/06/15).
- Mazzeo, M. (2007). “El sueño de una cosa (introducción al poder popular)”. Caracas: El Perro y la Rana.
- Mazzeo, M. (2014). *Entre la reinención de la política y el fetichismo del poder. Cavilaciones sobre la izquierda independiente argentina*. Disponible en: <http://www.lahaine.org/mundo.php/libro-entre-la-reinencion-de-la-politic> (10/06/15).
- Nicanoff, S. La izquierda independiente en su laberinto: crisis, política, identidad y lucha de clases. Disponible en: <http://contrahegemoniaweb.com.ar/la-izquierda-independiente-en-su-laberinto-crisis-politica-identidad-y-lucha-de-clases/> (10/06/15).

- Ogando, M. (2010). "¿Y a la izquierda del kirchnerismo qué? Apuntes (críticos) para una nueva izquierda". *Revista Batalla de Ideas*, n. 1, septiembre de 2010. Disponible en: www.cecs-argentina.org (10/06/15).
- Ogando, M. (2011). Una incitación a la incomodidad: nueva izquierda y disputa institucional. *Revista Batalla de Ideas*, n. 2, octubre de 2011. Disponible en: www.cecs-argentina.org (10/06/15).